

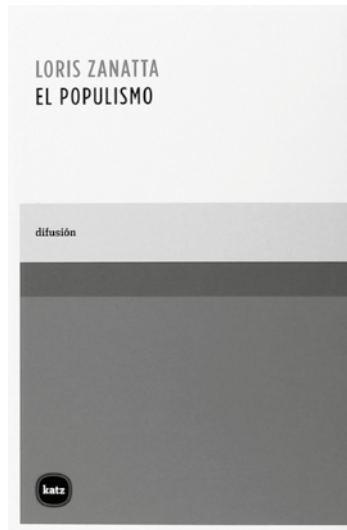
RESEÑAS



Loris Zanatta, *EL POPULISMO*.
Buenos Aires, Editorial Editorial Kast, 2014, 286 páginas.

Ignacio Araujo*
Nicolás Cosic**

Loris Zanatta es un historiador italiano en plena madurez que desarrolló su trayectoria historiográfica a través de investigaciones sobre Europa y América Latina entre los siglos XIX y XX, principalmente sobre Italia y Argentina. Si bien se especializó en historia política comparada de las religiones y, en particular, de la Iglesia católica en el mundo latino, en los últimos veinte años ha elaborado y publicado varios estudios en torno a la noción de *populismo*¹. En este libro que abordamos aquí, el autor intenta sistematizar todas esas elaboraciones alrededor de un concepto que, todavía hoy, luego de varias décadas de



diversas formulaciones y debates académicos, sigue demostrando la misma enérgica resistencia a ser pasado a retiro.

En términos formales, el texto se divide en ocho capítulos, más una introducción, una conclusión y un breve glosario. En formato de ensayo y de carácter más bien especulativo, dirigido a un público amplio, el libro se presta a una lectura dinámica, no necesariamente especializada. Desde la misma introducción y en el primer capítulo “Qué es el populismo”, Zanatta, en contraposición a las explicaciones basadas en las determinaciones socio-económicas

* Universidad Nacional de General Sarmiento. E-mail: n.cosic03@gmail.com

** Universidad Nacional de General Sarmiento. E-mail: ignacioaraujo.8@gmail.com

1 Entre ellos, en italiano: “Populismo, uno stile politico per l’America latina” (Il Mulino, maggio-giugno 1999, pp. 554-566); “America Latina. Tra crisi di legittimità e populismo” (Il Mulino, n° 402, 4/2002, pp. 738-746); “Il populismo. Sul nucleo forte di un’ideologia debole” (Polis, n° 2, agosto 2002, pp. 263-292); “Io, il popolo. Note sulla leadership carismatica nel populismo latinoamericano” (Ricerche di Storia Politica, n° 3, 2002, pp. 431-440); “Il populismo in America Latina. Il volto moderno di un immaginario antico” (Filosofia Politica, n° 3, 2004, pp. 377-389); “Il populismo: una moda o un concetto?” (Ricerche di Storia Politica, n° 3, 2004, pp. 329-333). En español: “El populismo, entre religión y política. Sobre las raíces históricas del antiliberalismo en América Latina” (Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe, vol. 19, n° 2, Tel Aviv, julio-diciembre 2008, pp. 29-44).

del populismo, señala que dicho fenómeno debe entenderse, desde un abordaje claramente culturalista, como la “expresión moderna de un antiguo legado” (p. 7). Se trata de la manifestación moderna de una “visión” característica de épocas históricas cuando lo sagrado regía el funcionamiento social y las sociedades eran entendidas como organismos naturales, cuando los individuos debían someterse a lo colectivo para que el “cuerpo” conservara su “salud”. Es, entonces, la persistencia de esta idea mítico-religiosa en un mundo moderno secularizado la que posibilita, según Zanatta, la aparición del fenómeno populista. A su vez, en tanto que el populismo consiste, en su esencia, en una “visión del mundo” amplia y, por ello, difusa, no puede ser ligado a un único y particular fenómeno político o social contemporáneo –sea el fascismo, el comunismo, el nacionalismo, el fundamentalismo religioso, etc.–, aunque sí puede entenderse como el *núcleo esencial* de cada uno de dichos fenómenos; es por esto que su puesta en práctica siempre depende de las particularidades coyunturales que lo llevan a manifestarse de diversas formas y con diferentes intensidades. Sin embargo, más allá de esta diversidad fenoménica, lo que siempre persiste es un “visión orgánica del mundo” completamente antagonica con respecto a la idea ilustrada de la modernidad, donde el individuo, la razón y la heterogeneidad fisiológica de las sociedades constituyen los principios fundantes de toda posible construcción –sea epistemológica, política, cultural, económica, etc.–; es decir, desde la perspectiva de Zanatta, una forma de ver completamente opuesta a la del liberalismo clásico.

A partir de esta definición nuclear, el autor comienza a desarrollar tanto las *condiciones históricas* necesarias para la aparición del fenómeno populista como los demás rasgos esenciales que lo definen. En las últimas páginas del primer capítulo expone dos de esos rasgos: el *liderazgo carismático* y la *cosmología maniquea*. El *liderazgo carismático* le permite a esta visión organicista una operatividad sumamente eficaz, ya que la referencia a un único dirigente le aporta al movimiento populista la garantía de férrea unidad y homogeneidad, de manera tal que dicho líder juega el papel de “centro neurálgico” o “sistema nervioso central” del organismo social. Por su parte, si bien la *cosmología maniquea*, según el autor, no parece ser un rasgo peculiar de este fenómeno (ya que todo lenguaje político tiende naturalmente a una polarización entre amigos y enemigos), en el populismo esta característica adquiere una virulencia tan intensa que deviene en impugnación absoluta de los adversarios políticos.

En el segundo capítulo “La aparición del populismo”, Zanatta hace hincapié en uno de los dos elementos clave que según él constituyen las condiciones históricas del populismo: la “percepción de crisis”. Este elemento se refiere a aquellos momentos de crisis o cambios sociales, cuando los efectos disgregadores son fuertemente sentidos y se desarticulan o destruyen las estructuras socio-económicas preexistentes. Pero el autor no pone el acento en el desarrollo fáctico de esos momentos, sino que sostiene que lo relevante aquí es la interpretación organicista que ciertos actores políticos logran desarrollar y

transformar en hegemónica para varios sectores sociales. Además, en este capítulo Zanatta también desarrolla otros cuatro rasgos esenciales: la ambigüedad, la pulsión integradora, la *pulsión autoritaria* y la *antipolítica*. La ambigüedad o ambivalencia hace referencia al hecho de que el populismo se resiste a ser ubicado en un punto definido del arco ideológico que va de derecha a izquierda. Lo que le da sustancia a esa ambigüedad es la *pulsión integradora*, que da cuenta de la aparición del populismo como canal de integración del “pueblo”. Esta función integradora puede manifestarse tanto en el ámbito material (a través de la redistribución de la riqueza), poniendo el acento en la “igualdad”, como en el ámbito simbólico, esto es, cuando el populismo se presenta como el garante de la “armonía” entre las diferentes partes del organismo social, haciendo hincapié en la “jerarquía”. Sin embargo, según Zanatta, dado que esa homogeneidad y ese equilibrio deseados son ficticios (ya que para él las sociedades modernas son *fisiológicamente plurales*), ese intento integrador del populismo deriva en un aumento de otra de sus pulsiones: el autoritarismo. Por último, el carácter *antipolítico* del populismo, claramente ligado al rasgo autoritario, también deriva de su visión organicista. El populismo “encuentra en la política un modo indebido de dividir artificialmente aquello que debería ser naturalmente unido y uniforme: la comunidad histórica, política y moral formada por ese mismo pueblo” (p. 64), esto es, el populismo considera que la política es un obstáculo entre la voluntad popular y su satisfacción.

En el tercer capítulo “Populismo y religión”, Zanatta encuentra la condición histórica más relevante para la aparición del populismo y su visión organicista: el “humus religioso”. Este concepto da cuenta de que no es posible explicar el fenómeno populista sin ese sedimento religioso que constituyen las culturas y tradiciones religiosas presentes tanto en la historia general de la humanidad, como en la historia particular de occidente. El orden “natural” que invoca el populismo para definir a su comunidad formada por el “pueblo”, en realidad, según el autor, vendría a ser como una transfiguración del “orden divino” invocado por la religión. Más concretamente aún, para Zanatta “el populismo es el vector mediante el cual el imaginario religioso tradicional se seculariza y trasplanta en el terreno moderno de la comunidad política” (p. 70).

En el cuarto capítulo “La comunidad orgánica y el enemigo interno” se agrega, como bien lo anticipa su título, el elemento del *enemigo interno*: como derivado de la *visión maniquea*, se trata de una categoría que los populismos esgrimen para denominar a quienes representan la “enfermedad”, el “mal” que el organismo debe expulsar para preservar su “unidad” o su “capacidad reproductiva”. Pero lo que más llama la atención de este capítulo es quizás uno de los puntos más oscuros y confusos de la obra, esto es, su análisis de las elites liberales de los países latinos, tanto europeos como americanos, de fines del siglo XIX y principios del XX. Según el autor, aquellos dirigentes imbuidos en el positivismo de la época, pero, sobre todo, influenciados por la inercia de la cultura

monista (impuesta por el catolicismo) de esta área occidental, llevaron adelante sus políticas esgrimiendo un discurso claramente organicista y presentando muchos de los rasgos atribuidos por Zanatta al fenómeno populista. Es decir, los liberales de esta época en el área latina tendrían en su base la esencia misma del populismo, un fenómeno, por definición, radicalmente antiliberal. Pero el autor deja esto en suspenso, sin desarrollar esta problemática conceptual que se presenta.

En el quinto capítulo “Populismo y totalitarismo” se retoman los rasgos desarrollados en los capítulos precedentes y termina concluyendo que “los fenómenos totalitarios son la consecuencia natural del núcleo ideal populista, cuando no hay límite alguno capaz de contener la pulsión —por ejemplo, un sólido sistema constitucional que garantice la subdivisión de poderes dentro de una determinada comunidad política— y ponerle freno” (p. 136). En el sexto capítulo “El populismo en la historia”, Zanatta decide encarar más concretamente la cuestión fáctica, enfrentándose a una gran variedad de manifestaciones históricas del fenómeno populista. Aquí vuelve a aparecer otro punto poco consistente, esto es, el análisis de las dictaduras latinoamericanas de los años sesenta y setenta, dictaduras profundamente antipopulistas. Zanatta sostiene que los mismos militares, que en el pasado habían sido a menudo los padrinos de los movimientos populistas, en este nuevo momento histórico se presentaban como el único freno posible para la perpetua agitación que causaban esos mismos populismos en nombre del “pueblo”. Aunque el autor aclara que la corporación militar reformuló claramente

el paradigma populista (es decir, Videla o Pinochet vendrían a ser, sin lugar a dudas, líderes populistas), creemos que se trata de una clara y grave insuficiencia argumental.

En el séptimo capítulo “El populismo latino”, Zanatta enriquece una de las tesis que anticipa a lo largo del texto, esto es, que los populismos del área latina, tanto los clásicos como los actuales, suelen aparecer con mayor fuerza y regularidad que en otras regiones del globo porque se nutren claramente de un mayor “humus religioso”. Esto es lo que mejor explica la persistencia de estos fenómenos en los países latinos, ya que aquí el universalismo espiritual (el principio católico de unanimismo) consiguió imponer una imaginada unidad de fondo sobre sociedades divididas por el espacio y la historia, es decir, logró que persista hasta nuestros días la recurrencia de un imaginario que aspira a superar las divisiones políticas e ideológicas, sociales y étnicas en nombre de la “comunidad natural”.

Por último, en el octavo capítulo “El populismo hoy” hace un análisis de los populismos actuales, es decir, todos aquellos fenómenos populistas surgidos tras el derrumbe de la Unión Soviética, intentando discernir qué hay de nuevo en ellos y qué sigue siendo una simple reproducción de los populismos tradicionales. Aquí Zanatta concluye que el fenómeno populista actual “tiene la apariencia de un fenómeno híbrido: es un animal populista en una jaula institucional, la del Estado de derecho, que le resulta estrecha pero de la que no puede escapar para construir un hábitat a su medida, es decir un régimen basado en la hipotética homogeneidad del pueblo” (p. 238). Como sostiene finalmente

en sus conclusiones, resta ver hasta qué punto, principalmente en los países latinos, dichos fenómenos lograrán convivir con los principios de la democracia liberal o intentarán nuevamente “desembocar en tiranía en nombre del ‘pueblo’” (p. 274).

Podemos decir, como conclusión, que “El populismo” de Loris Zanatta es una obra consecuente en su pretensión sistemática, una obra que intenta abarcar y explicar una gran parte de la historia contemporánea, pero que es justamente esa pretensión desmedida la que lo lleva al autor a desbarrancar en varios aspectos analíticos. Sin embargo, es un aporte válido a la hora de seguir reflexionando sobre la noción de populismo en nuestros días, sobre todo ante la emergencia de ciertos fenómenos políticos (denunciados, a veces, y otras veces autodenominados con esa misma categoría), principalmente en el área latina de las últimas décadas, fenómenos que todavía precisan de un mayor volumen de estudios para comenzar a ser sopesados en todas sus dimensiones.

